

Hiriart, Villeja, González Rojo

Ricas sorpresas literarias

por Salvador Elizondo

Ciertamente hace honor al Año Internacional del Libro, rubro bajo el que cae el presente de 1972, que todo tiene menos el ser un año libresco, el que los periódicos hayan efimerizado, en tipo menudo, el hecho engañoso (¡y cuánto!) de que el mundo (N. B.: El Mundo) se publica un libro cada minuto. Si no fuera por las recreaciones matemáticas que esta razón hace posibles, casi no valdría la pena detenerse en el dato que como "dato curioso" los linotipos esparcen, como vilano, a todos los vientos.

La primera idea que se me ocurrió cuando leí esa noticia fue la siguiente: "Si cada minuto se publica un libro en la Tierra (me parece que decir en el mundo es demasiado ambicioso) ¿cuántos libros se publican al año?" Las tardes de la infancia, convocadas por esa operación aritmética pasaron, como la alondra del Venerable Beda, por mi memoria y la tarea de problemas tuvo su punto de esplendor en mi recuerdo. Torpemente articulé los antiguos y vagos conocimientos de cosmografía y de multiplicación que había aprendido en la primaria y en la secundaria para precisar el monto exacto de ese portento.

Un libro cada minuto. Se dice fácil. Pensemos un solo momento en los minutos de escritura que el índice libro-minuto requiere para cumplirse; da igual si la cifra representa el monto de las ediciones de título originales o del número de ejemplares. Su cantidad es igualmente absurda y ridículamente pobre comparada con la potencia de lectores que se incrementa a una razón infinitamente mayor.

El hecho es que según los periódicos se producen 5.256,160 libros al año.

*

En su libro "Industria y arte del li-libro" —libro dos veces bueno— Miguel González Avelar consigna algunos datos que hacen suponer sin lugar a duda que se trata, en la cifra millonaria, de ejemplares y no de títulos, pues según el citado autor: "...de continuar la tendencia de la serie histórica exhibida por la propia UNESCO, para el año 1970 la producción mundial será superior a 600,000 títulos".

Las primeras preguntas que me propone una cifra de esa naturaleza son, claro, preguntas que caen dentro del contexto de lo literario: ¿cómo se desglosa esa cantidad de títulos? ¿Cuántas obras originales? ¿Cuántas reimpressiones? ¿En cuántas lenguas? ¿Cuántas novelas? ¿Cuántas obras de creación y cuántas de consulta o información? ¿Cuántas de poesía? ¿Cuántas traducciones? ¿Cuántas de autores vivos y cómo se dividen éstos?

Por lo que respecta a nuestro país se podrían hacer las mismas preguntas que acerca de la producción de libros en general. Es fuerza sin embargo destacar un hecho particular a ciertos países en los que el exterminio del analfabetismo y el perfeccionamiento de la educación superior, científica, técnica y humanística, representan y condicionan la más urgente tarea editorial: la producción de silabarios, de libros para aprender a leer; misteriosas y paradójicas máquinas que no se sabe a ciencia cierta si atienden a una función del conocimiento o nada más a una función especializada de la vista, o del oído o del tacto en caso de deficiencia.

*

La muchedumbre de preguntas que me plantea la cantidad tan enigmática de libros que se imprimen parece resolverse en una sola: ¿Por qué es preciso saber leer?

Insensata pregunta a la que responde siempre el instinto

con otra pregunta: "¿Para qué leer?", pero ¿quién podría responder a la primera o a la segunda sin conocer la experiencia de esa impregnación que la lectura constituye de sí? ¿Quién podría oponer objeciones al conocimiento de la lectura que no hubiera obtenido de la lectura misma? Esta última es, tal vez, uno de los proyectos más interesantes y más arriesgados que se le proponen al gobierno: la Editora Nacional de Libros de Texto; que sería de hecho la regidora de todos los primeros principios (para usar una expresión spenceriana) del conocimiento en México.

El problema consiste en salvaguardar los textos de la pedagogía nacional de toda contaminación inmediata y de la censura histórica pragmática que los siempre efímeros intereses políticos van dictando. Es preciso conservar la objetividad y situarse en el centro único de las cosas y no en la infinitesimal periferia. ¿Quién escribirá los textos absolutos acerca de todo?

*

Quizás lo más sabio sea contentarse con lo que la producción literaria nos va procurando de acuerdo con su azar metódico. Desde que se decretó el fin del **boom** de la novela latinoamericana tal parece que la calidad de las obras va mejorando. La semana pasada fue particularmente rica para mí en agradables sorpresas literarias lo que da cuenta del buen ritmo de producción de nuestra industria de las letras en sentido estricto y figurado. En lo que respecta a la lectura no puedo quejarme pues la semana pasada fue rica en dones; en primer lugar un texto que tiene la rara virtud, además de su aguda ironía intelectual y de su humor oxfordiano –que oculta entre las proposiciones del trabajo de Wittgenstein y las fábulas matemáticas y lógicas de Lewis Carroll- la de estar bien escrito. Libro por todos conceptos digno de ser tenido muy en cuenta para valorar el esfuerzo literario mexicano en estas olimpiadas: "Galor", de Hugo Hiriart.

Las musas de la poesía no han sido menos prolíficas en estos últimos días; un libro de amarga y refinada delicadeza; de lenguaje mínimo y de sentimiento de elegantemente desolado y terrible es “paisaje desde una hora” de Víctor Villela.

Dejo para otra ocasión el comentario de un libro de enorme riqueza poética y de ingenio; su volumen me impide glosarlo críticamente aquí, pero no me impide reconocer los rasgos que componen uno de los libros más interesantes del momento, sino que además agregan al panorama presente de la poesía mexicana, las resonancias obtenidas a lo largo de un oficio que en su autor es ya familiarmente secular: “Para deletrear el infinito” de Enrique González Rojo; un libro a suscitar muchas polémicas.

En conclusión, no hay que olvidar que el libro es la forma más inmortal que la experiencia puede conocer o conoce.

Agosto 28 de 1972, Exelesior.